

TUERCAS, TORNILLOS Y LA UNIVERSIDAD CONTEMPORÁNEA

Juan David Arias Suárez

Estudiante de Contaduría Pública

Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid

jd.arias@hotmail.com

Tuercas, Tornillos y la Universidad Contemporánea

Resumen

El presente ensayo es una reflexión crítica que muestra la problemática de la labor de la universidad en el siglo XXI; se contextualiza su devenir histórico y se hace una relación con la educación que se evidencia actualmente en la profesión contable. Además, se esboza la configuración del tránsito institucional de lo crítico (siglo XIX e inicios del XX) hacia lo útil y funcionalista (siglo XXI). En forma metafórica se utiliza la palabra tornillo para denotar al “profesional” actual, y tuerca, para las empresas, con el fin de mostrar la relación entre la formación impartida por la universidad contemporánea, alineada con las necesidades del sistema empresarial, y la incidencia del contador público en este contexto. Al final se recopilan algunas ideas para el cambio.

Palabras Clave: Universidad, Formación Profesional, Formación Contable, Sistema Dominante, Sociedad Contemporánea.

A Modo de Introducción

“La universidad debiera insistirnos en lo antiguo y en lo ajeno.

Si insiste en lo propio y lo contemporáneo, la universidad es inútil, porque está ampliando una función que ya cumple la prensa”.

Jorge Luis Borges

En esta segunda década del siglo XXI, mientras la ciencia y la tecnología avanzan, la consolidación de una forma de vida y convivencia social hacia lo virtual y globalizado es innegable, pero ante el desarrollo de un mundo “al alcance de todos”, existe una inquietud importante que motiva para escribir algunas líneas que permitan esbozar las preocupaciones y cuestionamientos que surgen de avistar el desarrollo de la sociedad contemporánea. El espacio creado para el conocimiento, para el pensar y repensar de la sociedad, aquél sitio que históricamente fue estructurado para suplir las necesidades sociales de acuerdo con su época y el sistema que la enmarque, está en crisis; ese espacio llamado “Universidad”, se olvidó de la formación humana y del significado de la palabra profesional, y se dedicó al adiestramiento de tornillos y la consolidación de tuercas.

Si bien hacer este tipo de categorización es precipitado, se pretende exponer aquí las apreciaciones personales que sustentan estas delimitaciones, pues en el espacio donde confluyen las disciplinas y saberes profesionales, se olvidó el papel histórico que ha tenido la universidad como transformadora social, y se le ha embarcado en el rol de proveedora de profesionales formados a partir de las necesidades del sistema económico y político dominante, en este caso, el capitalismo en todas sus expresiones, como sistema de producción imperante en el mundo contemporáneo; un espacio colmado de ideas, técnicas, avances tecnológicos, y cuestionamientos humanos basados en la crítica y la autocrítica, se ha preocupado por obtener conocimientos específicos para saciar las necesidades del sistema dominante, y ha relegado por completo, las necesidades sociales y deseos humanos que tanto demanda la comunidad colombiana por estos días.

“Una universidad así prefiere tener a seres dóciles y adaptados, que aquellos que critiquen y cuestionen los órdenes existentes” (Fernández, 2010, p. 63). Debido a lo anterior, podría decirse que la ideología del sistema dominante ha estimulado el desarrollo de una sociedad con

“profesionales” apartados de lo humano, donde los valores y la ética quedan reducidos a simples apreciaciones, para determinar así, una nula relación entre los individuos y la misma sociedad, espacio donde escasean los escenarios para la discusión, el debate y la reflexión, y son abundantes los de innovación empresarial e incidencia del sistema productivo, que antes eran abundantes en los sitios aledaños a la universidad, pero ahora germinan en ella.

En este sentido, cabe mencionar que la palabra profesional tiene una amplia definición y sentido social, pero al parecer es confundida con el otorgamiento de un título que da cuenta de algunos conocimientos aprehendidos, o más bien, aprendidos. Para estos días existen múltiples acepciones de la palabra profesional; históricamente se usaba para llamar a la persona que asumía el cargo de portador de los designios de Dios, en un sentido estrictamente religioso; después, se alineó esta concepción con una proyección y trabajo (Altarejos, 2003, p. 20-50). Hoy día, ser profesional no es cuestión de vocación ni de proyección, sino de necesidad para ser aceptado socialmente; esta forma de concebir al profesional, hace que los estudiantes no sean atentos con lo que se les enseña, sino que deseen aprender lo estrictamente necesario para obtener el anhelado título que les dé el paso al reconocimiento social.

Así como los profesionales encajan en las empresas, la universidad actual también se enmarca en el sistema dominante, en realidad, hace parte de él, lo cual genera efectos negativos en la sociedad; de tal forma, que *“son tantos que en muchos casos ya no quedan universidades propiamente dichas, sino tan sólo fábricas de diplomas de poco valor”* (Bunge, 1998, p. 125). Este tipo de educación, no es educación; hoy en día, se podría hablar de adiestramiento “profesional” para ser titulado, donde las universidades deforman a los tornillos para pulirlos; desde la perspectiva de moldearlos de acuerdo con sus doctrinas, y entregarlos a los deseos del sistema dominante.

En el sistema actual, la educación universitaria asume un rol fundamental en la consolidación de sociedad, pero su función transformadora está marcada hoy día, por la pasividad de su comunidad frente a los cambios sociales y el acoplamiento de los currículos de estudio con las necesidades del sistema productivo; ya no se pregunta, no se duda, no se cuestiona el por qué y para qué de los cambios; se inquiera por obtener el mayor conocimiento sobre las formas de avanzar dentro del sistema imperante, y por esta vía, ser exitoso en el mundo productivo. Al parecer, es una carrera por quién culmina el pensum más rápido, para ingresar directa y formalmente a los engranajes del sistema capitalista: la empresa productiva; en forma paradójica, se podría decir que la universidad (de)forma cientos de tornillos a diario, con roscas talladas y simetrizadas para que engranen perfectamente con las tuercas que emana el sistema dominante, las empresas; es decir, la universidad del siglo XXI piensa, refuta, crea, recrea y cuestiona sobre la misma esfera; *“se desvirtúa, se despreocupa de lo humanístico y cultural, su “autonomía” es asumida como libertad para adaptarse a las exigencias de la economía y por esta vía, garantizar mercados”* (Ariza, 2008, p. 219).

En un contexto diferente, se podría hablar de que las fuerzas del mercado, obligan a los seres y objetos existentes a vivir y desarrollarse en función de las lógicas y necesidades en que incurra este espacio; en palabras de Guillermo L. Martínez: *“La lógica del capital, solo admite que el ser humano sea valorado por su capacidad para generar riqueza productiva medida en mercancías. El individuo es así objeto de compra y venta en un mercado, poseedor de capitales o de fuerza de trabajo. Los que no poseen ninguna de las dos cosas son marginados de la sociedad. No extraña pues que la educación se mida también como un capital humano; que debe rentabilizarse en los mercados”* (2002, p. 142). En el siglo XXI, esta situación está directamente relacionada con la universidad, pues ésta también es permeada por los intereses del mercado, de tal forma que, permanentemente es evaluada en términos de productividad y rentabilidad, hecho que genera una formación técnica y acrítica, en la que sus tornillos –*los profesionales*– son preparados para contribuir con estos requerimientos y vayan destinados a trabajar para las necesidades del sistema productivo.

Lo anterior motiva que se discuta en este texto sobre la falta de conciencia y crítica de los estudiantes universitarios frente a esta problemática, el papel del contador público en el contexto del vínculo universidad-empresa y sobre las ingenuas prácticas educativas en pro de un cambio, que desde lejos evidencian su enfrascamiento en las lógicas del sistema dominante. Este texto pretende plantear algunas ideas, que si bien no van a cambiar nada, sí intentan persuadir a sus lectores para que juntos redireccionen a los tornillos hacia los intereses sociales y se repiensen la situación actual de la universidad.

El Papel Histórico de la Universidad

Durante varios siglos, gracias al trasegar histórico-social de las comunidades, se podría catalogar a la universidad como el epicentro de las transformaciones sociales, pero su esencia se ha perdido con el pasar de los años. Sobre el papel, la universidad debe actuar como intérprete de la realidad nacional, pues es cierto que allí se evidencian los desarrollos y connotaciones del actuar humano en la sociedad; las universidades *“fueron establecidas para “el desarrollo de la ciencia”, para formar hombres y mujeres de pensamiento, capaces de empujar las fronteras del saber en una determinada área o disciplina; pero de facto, se les exige capacitar profesionales para segmentos específicos del mercado y hacerlo con espíritu de equidad, sin discriminación alguna* (Gómez, 1998, p. 323). Utopía; así se podría calificar al pensamiento de una universidad para traspasar las fronteras del saber, formar personas críticas y transformadores de la realidad objetiva; es claro que la universidad perdió esa facultad donde las ideas eran la fuente de la transformación, pues ahora son la llave de la productividad.

En el contexto histórico, la universidad ha pasado por varios agentes dominantes, la iglesia, el Estado, el pueblo, ¿autonomía universitaria? y ahora el mercado. Estos cambios son la base que motiva un pensamiento crítico hacia el cambio; diferentes han sido los contextos y los actores implicados en la comunidad universitaria, pero durante todo el transcurrir histórico, sin importar su época, la universidad ha sido pensada para el cambio, para devolver la sociedad al camino de la verdad y la equidad social, sin embargo, *“la universidad ha reaccionado ante la necesidad de tener que ir transformando paulatinamente sus estructuras de gestión, formación e investigación para adaptarlas a las exigencias de este contexto competitivo”* (De la Cruz y Sasia, 2008, p. 28).

Hablar de una universidad pensada sobre la crítica y la formación de hombres y mujeres íntegros para servir al desarrollo social, es hablar del siglo XIX e inicios del XX, cuando era evidente la construcción de un proyecto amplio de nación, se consolidó un individuo con pensamientos libres, en lo que refiere a no ser manipulado por el sistema imperante, y sobre todo, existía un gran respeto por las diferencias culturales y sociales; hoy día, en un contexto donde se habla de libertad de expresión y respeto por las diferencias, es innegable que éstas son afirmaciones vacías y propias del discurso del sistema hegemónico, porque si bien es cierto, todo gira por y para el desarrollo de una lógica ya establecida e institucionalizada, en realidad es poco lo que se puede apreciar acerca de la libertad, unidad, y respeto por las diferencias.

Esta configuración de la universidad contemporánea, inquieta por la forma de entablar relación directa con el poder hegemónico, en gran parte, gracias a la reforma neoliberal vivida en América Latina durante los últimos años, hace que la educación sea un discurso acabado, establecido e irrefutable, donde sólo sirve lo que le sea útil a la sociedad de consumo; en palabras de Estanislao Zuleta: *“La educación, tal como ella existe en la actualidad, reprime el pensamiento, transmite datos, conocimientos, saberes y resultados de procesos que otros pensaron, pero no enseña ni permite pensar”* (1995, p. 18).

En este contexto, podría concebirse como dogmático, el panorama que se percibe por estos días, donde *“los procesos de reestructuración institucional promovidos en América Latina y el Caribe por la reforma neoliberal, muestran como tendencia globalizante la configuración de un modelo de “universidad empresarial” en la que se subordina la actividad académica e investigativa a las demandas del mercado”* (Sánchez, 2007, p. 35-36). Esta incidencia de las

élites organizacionales sobre la universidad es una clara muestra de la mercantilización de la educación, hecho que se configura para satisfacer las demandas del mercado y las necesidades de los grupos empresariales inmersos en la lógica capitalista, para continuar mejorando sus productos, procesos productivos o de servicios, de tal forma, que se logre una permanente retroalimentación de las condiciones que requieren sus labores para el logro de los anhelados objetivos corporativos.

“Todos afirmamos con cierta rotundidad que la universidad no es una empresa, pero todos igualmente somos espectadores, más o menos implicados y más o menos responsables, de su imparable proceso de mercantilización” (De la Cruz y Sasía, 2008, p. 25). La sociedad de consumo y las mismas demandas del mercado generan situaciones en las que prima el reconocimiento social de cada profesional para ocupar un lugar en las élites del sistema, hecho que subyace en la consolidación de un pensamiento social dirigido a anhelar títulos y reconocimientos con presteza, lo cual impide el surgimiento de espacios y tiempo para analizar la situación de la universidad y los intereses que sobre ella se asientan, a tal punto, que hoy día se le puede denominar “universidad empresarial” sin la aprensión de hacer afirmaciones vacías.

En un enfoque sintético, se podría decir que hay un paso tosco, pero justificado por los intereses que recaen sobre la universidad, del modelo de pensamiento crítico universitario en el siglo XIX e inicios del XX, hacia un modelo de universidad empresarial en el siglo XXI, cambio que configura el establecimiento de una universidad útil para el mercado e inútil para la sociedad.

¿Educar Tornillos para Engrandecer Tuercas?

El capitalismo moderno necesita hombres que cooperen mansamente y en gran número, que quieran consumir cada vez más, y cuyos gustos estén estandarizados y puedan solidificarse y anticiparse fácilmente, no sometidos a ninguna autoridad, principio o conciencia moral – dispuestos, empero, a que los manejen, a hacer lo que se espera de ellos, a encajar sin dificultades en la maquinaria social- a los que se pueda guiar sin recurrir a la fuerza, conducir, sin líderes, impulsar sin finalidad alguna –excepto la de cumplir, apresurarse, funcionar, seguir adelante- (Fromm, 1995, p. 85). Esta perspectiva de las necesidades del capitalismo actual, es una clara muestra del modelo educativo que necesita dicho sistema, que en gran parte, es materializado con la configuración de la universidad contemporánea, pensada bajo estándares educativos delimitados y canalizados hacia las necesidades del sistema dominante. Desde un enfoque crítico, esta situación no se aparta de la administración organizacional, pues bajo el nombre de universidad, se disfraza el proveedor primordial de las empresas, donde sus productos –*los profesionales-* son aquellos tornillos dotados del hierro, medida, y brillo necesarios para articularse con las tuercas potenciadoras de la productividad y eficiencia: las empresas.

“Estaríamos entonces asistiendo al nacimiento de la nueva universidad. Una suerte de fábrica del conocimiento útil, coyunturalmente flexible de acuerdo con la demanda, funcional y acrítica, evaluada permanentemente en términos de su eficacia y rentabilidad económicas, y orientada a integrar los ámbitos locales y regionales al mercado global” (Múnera, 2009, p. 182). Bajo este enfoque, es claro que los programas existentes en la universidad son guiados para encontrar cierta afinidad con el mercado empresarial, es decir, para los intereses del sistema productivo; en este caso, es interminable la lista de programas establecidos, diseñados e incluso monopolizados por las élites organizacionales para contribuir con sus necesidades, escenario donde la profesión contable resulta ser un eje principal de esta configuración.

Estas organizaciones se encargan de que a la casa del pueblo, la universidad, no se le olvide alinear sus planes de estudio con las herramientas necesarias para pensar sobre sus insuficiencias o necesidades, a través de la relación y entable universidad-empresa, donde se argumenta que la universidad no puede olvidar quiénes son los consumidores finales de sus productos.

En este campo del dinamismo universidad-empresa, no se puede dejar de lado que los adelantos científicos y tecnológicos existentes, propios del sistema productivo, se crearon para hacer más simples las labores cotidianas de las personas; en un contexto más amplio, son indispensables en el sistema capitalista, pues simplifican y minimizan las labores humanas en las formas de producción masiva; estas herramientas –*abundantes e impresionantes*- deberían ser optimizadas en la universidad para desarrollar labores sociales, culturales y del pensamiento, pero es evidente que éstas sólo ayudan a minimizar las labores educativas, pues eliminan a profesores y estudiantes la angustia de pensar, criticar y proponer. Evidentemente, la tecnología contribuye a solidificar las bases de la “universidad empresarial” y a ultimar detalles para que sus tornillos sean brillantes en su modelo de sociedad.

“Los sistemas educativos convencionales, lejos de brindar conocimientos que se atemperen con las nuevas realidades, han quedado anacrónicamente atados a unas estructuras rígidas, inflexibles, verticales e ineficaces, que no dan respuesta a los escenarios requeridos por los avances científicos que demanda el siglo XXI” (Martínez, 2002, p. 140), en realidad se empeñan en satisfacer el mercado sin importar los medios. El sistema educativo actual, se desarrolla dentro del mercado, así que su óptica de la realidad social es opaca, pues piensa dentro de la misma esfera capitalista; se logrará avistar un avance cuando la educación universitaria despeje al mercado de su vista primaria, y ponga su mirada en una esfera de desarrollo global, para que pueda intervenir en la sociedad y construir un mundo para los humanos, no para los intereses del sistema capitalista.

Darse a la tarea de educar personas bajo esta línea de (de)formación profesional es enaltecer el sistema dominante, los tornillos no perforan el sistema, pues en realidad encajan en él y potencian su desarrollo, además de solidificar su estructura en el mercado, entablando relación directa con las empresas.

Resulta entonces necesario, cuestionar qué tan grato es educar a cientos de estudiantes cada semestre, conociendo su destino y cuál es el interés de que sean educados así y no de otra forma; allí surge la pregunta, ¿entonces será posible oponerse a los designios del sistema imperante? ¿o destinar miles de horas de clase a consolidar las tuercas del mercado proporcionándole tornillos inútiles para la sociedad, pero con los aditamentos necesarios para que sean útiles a los intereses empresariales?

Formación y Deformación Profesional

“La sociedad moderna, debe tener una educación a su altura”; si se observa a la universidad desde esta óptica, es evidente que ésta suple las necesidades del sistema productivo moderno; está pensada para ello, y sus tuercas son perfectas, pero si se observa desde un contexto de modernidad, se arguye que existe un afianzamiento de una sociedad desigual, individualista, y desmoralizada en su perspectiva ética. Es innegable que la universidad actual no forma ni interactúa con sus estudiantes para cambiar la realidad social, sino que los ciega para pensar diferente.

De nuevo Estanislao Zuleta puntualiza el tipo de formación que se genera en la universidad actual: *La formación actual no corresponde propiamente a lo que los liberales llamaban la formación de un ciudadano, es decir, de un hombre que pueda intervenir, de alguna manera, e incidir conscientemente en el destino de la sociedad en que vive. En realidad, el tipo de persona que se forma es una tuerca que debe ajustar muy bien en alguna parte del engranaje productivo* (1995, p. 101). Ciudadanos con pensamientos disímiles a los intereses de las empresas, son los necesarios para construir el cambio. Es importante formar profesionales preparados para intervenir en la sociedad y no para sobreponer sus intereses sobre ella.

“Las instituciones académicas deben ser activas en no permitir que sean monopolizadas por un modelo que esté exclusivamente al servicio el capital económico, sino que, de manera más amplia, estén dirigidos a satisfacer las necesidades materiales y humanas de toda la sociedad y a ejercer la creatividad en todas las dimensiones de la vida” (García, 2003, p. 24-25). Una verdadera formación profesional debe estar encaminada a satisfacer las necesidades humanas y a ejercer equidad en todas las circunstancias de la vida, pero las universidades, o las instituciones académicas como lo enuncia García, no están preocupadas por cómo transformar la sociedad y mejorar los procesos formativos a través de la crítica, la socialización de pensamientos, el debate y la propuesta, sino en cómo sus profesionales pueden ser útiles para el mercado, mostrando resultados cuantitativos de eficiencia, productividad y reconocimientos de la universidad.

Ciudadanos formados con valores civiles, morales y sociales, son los necesarios en el siglo XXI; verdaderos profesionales colmados de pensamientos crítico-alternativos para reconstruir la figura universitaria de inicios del siglo XX, época que se pierde en el horizonte de una sociedad sumergida en los designios del neoliberalismo y los intereses capitalistas.

Panorama Universitario del Profesional Contable

Las transformaciones de la universidad durante los últimos años, también han contribuido a establecer un modelo de educación contable enfocado *–principalmente–* en satisfacer los servicios que necesita el sistema productivo. El panorama de un modelo de educación alternativa (apartada de los engranajes del sistema dominante) es una tarea que desde hace varias décadas se viene gestando en Colombia, pero la fuerza de esta transformación ha quedado reducida a las ideas bonitas, porque su accionar no ha sido más que el de incluir en los planes de estudio algunas asignaturas alejadas de las necesidades empresariales, como las del campo humanístico e investigativo, que si bien es un avance bastante importante, los profesionales, profesores y estudiantes no pueden quedarse conformes con eso; se debe propugnar por un cambio estructural, no de materias o temas, sino de conciencia y sentido social.

La educación contable, se centra en “aprehender”, en el sentido estricto que dice el Diccionario de la Real Academia Española: *“Concebir las especies de las cosas sin hacer un juicio de ellas o sin afirmar o negar”*. Históricamente, la educación contable ha estado encaminada a la enseñanza y desarrollo de habilidades técnico-instrumentales, donde por la cantidad de datos para procesar y las demandas del mercado para realizar actividades operativas, el estudiante no tiene tiempo ni argumentos para afirmar, dudar o negar la información contenida en las asignaturas, y mucho menos, las formas de concebir la contabilidad en el ambiente universitario. Este escenario es una situación análoga a la que enfrentan otras profesiones, pero es la Contaduría Pública la profesión más acometida por el sistema dominante; en palabras de Fernández, *“los estudiantes de Contaduría Pública no escapan a esa situación, antes la asumen muy bien y su condición de Grandes Estudiantes es producto de su nula capacidad para objetar. Es un ser interesado en apropiarse de cuanto conocimiento técnico le sirva para ingresar al mundo del trabajo lo mejor capacitado que se pueda”* (2010, p. 63).

Resulta increíble que durante los años que pueda durar una carrera universitaria como la Contaduría Pública, la mayoría de sus estudiantes sólo les interese conocer cómo hacer, dónde llevar y a quién reportar lo concerniente a los informes contables y financieros; pocos se preocupan por indagar para quién se hace, por qué se hace y cuál será su utilidad en la sociedad. Acaso se debe discutir qué tipo de formación se tiene? ¿tornillo o estudiante? ¿o se podría afirmar que la educación actual forma para el mercado y deforma para la sociedad?

Los profesionales contables se preocupan por conocer qué se debe hacer para ser parte del mercado de trabajo, más no sobre qué debe saber un profesional con un saber de alto compromiso social; en este contexto, es interesante resaltar el cuestionamiento que enuncia el profesor William Rojas: *¿Por qué postrarnos a ofrecer una educación contable al servicio de*

un tipo de empresario o inversionista a quien no le puede importar la destrucción del planeta y la “erosión” de la dignidad humana? ¿Por qué preparar jóvenes en el desconocimiento de las racionalidades que no prefieren la dignificación de los medios de producción de la riqueza sino del acrecentamiento de la misma a cualquier costo” (2009, p. 205). He aquí un motivo para construir el cambio; la educación contable está encaminada a pensar sobre las formas de representar y reproducir los movimientos de los medios de producción de la riqueza, “*dicho en otras palabras, la contabilidad ha sido una práctica básica para los procesos modernizantes que han surgido en la consolidación del sistema capitalista*” (Rojas, 2002, p. 189), donde el estudiante desconoce por completo las racionalidades e intereses que emanan del sistema, y sería grato entonces, promover un tipo de educación contable basado en la realidad, en el sentido de mostrar y demostrar los intereses y prácticas a los que corresponde, donde el estudiante tome sentido autónomo de su formación profesional y pueda decidir entre servir o no al sistema hegemónico.

Lo anterior se hace importante a la hora de examinar las funciones del contador público, porque mostrar la realidad económica de las empresas, implica definir un actuar humano a partir de sus informes y construir de cierta forma la realidad. “*Podemos entonces comprender el por qué ser profesional implica un grado de exigencia alto, máxime en Contaduría Pública, una profesión que se sitúa en el centro de una cantidad apreciable de intereses que determinan procesos económicos y sociales de gran impacto*” (Ospina, 2006, p. 159).

Es claro entonces, que la educación contable es direccionada para contribuir con el sistema empresarial, pero con esta forma de (de)formación profesional que genera la universidad contemporánea, es lamentable que “*los egresados de los programas de Contaduría Pública ingresan a participar en el mercado buscando ante todo, seguir cumpliendo con las prácticas contables que racionalizan los hechos económicos y que garantizan que las organizaciones participen eficientemente en el mercado de servicios y productos*” (Rojas, 2002, p. 190). Ni siquiera cuando se es egresado se piensa en el tipo de educación de la cual se fue partícipe; son tantas las racionalidades capitalistas puestas en la universidad, que se egresa buscando ansiosamente cumplir con las prácticas del sistema imperante.

Otro de los aspectos relevantes y cuestionables de la universidad contemporánea es la orientación de la investigación; en la profesión contable, además de las diversas problemáticas descritas, existen múltiples falencias, “*pero tal vez, por su dimensión estratégica, la que merece más atención tiene que ver con la investigación; de sobra es reconocido en el medio la escasa investigación contable y la poca incidencia que tiene en la formación del estudiante y en el devenir de la profesión, situación que le genera a la Contaduría Pública gran cantidad de inconvenientes, en tanto no logra interpretar correctamente su función social, ni ubicar certeramente la solución a las problemáticas fundamentales*” (Gracia, 2007, p. 290).

Como lo enuncia el profesor Edgar Gracia, la investigación contable aún es un proceso incipiente en la profesión, situación que le favorece a los intereses del sistema, pues aún persiste en establecer un modelo educativo pensado sobre la técnica y el registro, y no sobre la realidad económica, el análisis del poder y su acertada interpretación.

Así pues, la sociedad está ante un profesional contable dotado de las características fundamentales para potenciar el desarrollo empresarial, con cimientos técnicos tan sólidos y definidos como los de un tornillo de hierro que engrana perfectamente en las tuercas –*cada vez más grandes*- del sistema capitalista.

Algunas Conclusiones

*Porque la Universidad es la gran
responsable
del triunfo o la derrota.*

En esta segunda década del siglo XXI, pensar la universidad no es una tarea nueva, ni tampoco lo es hacer cuestionamientos acerca de la responsabilidad de la universidad ante la sociedad, cuando la esfera de lo económico la domina, y los estudiantes se transforman en piezas potenciales de un aparato al servicio del sistema imperante.

El trasegar histórico de la universidad, evidencia diferentes formas de actuar social. En años anteriores, fue loable la incidencia de la universidad en la construcción de realidad; hoy en día, se está ante una universidad acrítica y totalmente pasiva; ni sus estudiantes ni los profesores incitan a pensar la universidad y la sociedad, ni mucho menos a intervenir en su futuro.

Los profesionales, y más aún los contadores públicos, se han convertido en seres dotados del conocimiento necesario para potenciar el desarrollo empresarial, a través de la reproducción de su capital, dejando de lado el necesario debate sobre los intereses que le subyacen.

Con el pasar de los años, y casi un siglo después de aquel suceso, el autor no encuentra otras palabras más valiosas para dar aliento y que infrinjan pensamiento social a la problemática de la universidad contemporánea, que aquellas que propiciaron un cambio histórico, único, e irreplicable: el manifiesto del Movimiento Estudiantil de Córdoba de 1918:

“Hay que hacer de nuevo las universidades, nuevos planes, nuevas orientaciones; no basta modificar un estatuto, no es suficiente hacerlo más amplio, hay que modificar fundamentalmente todo el sistema; el tipo de sociedad que está naciendo exige cosas que antes eran inconcebibles, y la universidad, si quiere dejar de ser un parásito y una execrable escuela de castas, debe abrirse como una flor a todos los vientos, debe enviar su perfume a todas las partes, debe vivir la vida de todos y tener por límites el horizonte.

Basta de profesionales sin sentido moral, basta de pseudoaristócratas del pensamiento, basta de mercaderes diplomados; la ciencia para todos, la belleza es para todos; la universidad del mañana será sin puertas ni paredes, abierta como el espacio: grande. Así, más hermosa aún, más grande, más verdadera, será la universidad, cuando este tipo de civilización egoísta y logrera caiga al empuje de la nueva civilización que avanza, incontenible. (...) Hemos de emprender esa obra porque no en vano tenemos el alma joven y porque las voces que dicen la buena nueva sobre el haz de la tierra no suenan en vano. Entre tanto, suenan las campanas anunciando fiesta y suenan como campanas nuestros corazones, porque llegó la hora de la liberación”.

Bibliografía

ALTAREJOS, F. et al. (2003). La Ambigua Noción de Profesión. En: Ética Docente. La Docencia como Profesión Asistencial. Barcelona: Ed. Ariel S.A.

ARCILA, Ramón. (2011). La Universidad en América Latina. 1ª ed. Medellín: Ediciones UNAULA.

ARIZA, Danilo. (2008). Transformaciones Contextuales, Disciplinarias y del Pensum de Contaduría Pública: Un Análisis Relacional. En: Revista Facultad de Ciencias Económicas: Investigación y Reflexión N° 16. Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada.

BUNGE, Mario. (1998). Ciencia, Técnica y Desarrollo. 1ª ed. México D.F: Hermes.

DE LA CRUZ, Cristina y SASIA, Perú. (2008). La Responsabilidad de la Universidad en el Proyecto de Construcción de una Sociedad. En: Revista Educación Superior y Sociedad Vol. 13 N° 02. Caracas: Instituto Internacional de UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe.

- FERNÁNDEZ, Juan. (2010). De la Grandeza de Ser Estudiante de Contaduría Pública. En: Adversia. Revista Virtual de Estudiantes de Contaduría Pública. Medellín: Universidad de Antioquia.
- FROMM, Erich. (1985). El Arte de Amar: La Condición Humana Actual. Madrid: Círculo de Lectores.
- GARCÍA, Carmen. (2003). Las Universidades en América Latina: ¿Reformadas o Alteradas? Balance de la Década de los '90 y Reflexiones sobre las Nuevas Fuerzas de Cambio en la Educación Superior. 1ª ed. Buenos Aires: CLACSO.
- GÓMEZ, Hernando. (1998). Educación. La Agenda del Siglo XXI, Hacia un Desarrollo Humano. Santa Fe de Bogotá: TM Editores.
- GRACIA, Edgar. (2007). Educación Contable en Colombia. En: Cuerdas y Nudos. Memorias XIV Congreso Nacional de Estudiantes de Contaduría Pública. Manizales: Cicum/Fenecop.
- MARTÍNEZ, Guillermo, ROJAS, William et. al. (2002). Del Hacer al Saber. Realidades y Perspectivas de la Educación Contable en Colombia. 1ª ed. Popayán: Universidad del Cauca.
- MÚNERA, Leopoldo. (2009). ¿Hacia Dónde va la Universidad Pública? Tendencias Globales en Política Pública para la Educación Superior. En: Aquelarre Vol. 8 N° 17. Revista del Centro Cultural Universitario. Ibagué: Universidad del Tolima.
- OSPINA, Carlos. (2006). Las Tramas de la Contabilidad: Trazos para quienes empiezan su formación en Contaduría Pública. En: Revista Contaduría N°48. Medellín: Universidad de Antioquia.
- ROJAS, William et al. (2009). Irrupciones Significativas para Pensar la Contabilidad. 1ª ed. Cali: Universidad del Valle.
- SANCHEZ, William. (2007). La Universidad sin Órganos. Capitalismo Cognitivo y Transformación Empresarial de la Universidad Colombiana. En: Revista Nómadas N° 27. Bogotá: Universidad Central.
- ZULETA, Estanislao. (1995). Educación y Democracia. 2ª ed. Bogotá: Imprelínea.